

**HOMILIA PARA LA VISITA PASTORAL  
EL VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO**

**SEPTIEMBRE 9 DE 2018**

**Iglesia de San Bonifacio  
Edwardsville, Illinois**

**†Muy Reverendo Thomas John Paprocki  
Obispo de Springfield en Illinois**

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Es muy bueno estar aquí con ustedes para hacer esta visita pastoral a la parroquia de San Bonifacio. Después de la Misa, voy a reunir con sus concilios parroquiales para escuchar todas las cosas buenas que están sucediendo aquí en la parroquia de San Bonifacio para realizar las declaraciones de nuestro Cuarto Sínodo Diocesano.

Uno de los problemas radicales que sufrimos los seres humanos es el de no podernos comunicar bien con los demás. Muchas veces nos sentimos como islas, rodeados de agua por todos los lados, sin poder entender lo que dice la otra persona, sin tener cómo expresar lo que llevamos dentro.

Dios, a quien quisiéramos hablar, se nos presenta como un Dios lejano, que ni habla ni oye. Los demás parecen también vivir su mundo aislado de problemas, de aspiraciones, de frustraciones o alegrías. Poco es lo que

compartimos. En el seno de muchas familias puede haber un ambiente de soledad de varios. Cada cual parece tener un lenguaje diferente, su manera propia de ver las cosas entre esposos, entre padres e hijos. Todos hemos visto alguna vez el espectáculo triste de un sordo mudo. Camina por la calle con aire de extraño. No oye el ruido de los autos, ni puede apreciar una canción hermosa; no entiende por qué la gente ríe y habla. Y se siente seguramente triste. Debe experimentar la angustia y la desesperación de no tener con quien contar, con quien comunicarse. Este espectáculo nos da pena y le debió causar también pena al Señor, como nos cuenta la escena del evangelio de este domingo.

Hoy hemos oído la historia del sordomudo curado por el Señor. Entre el bullicio de gente, el solo podía hablar con la mirada y con las manos pidiendo ayuda. El Señor lo comprendió.

Se acercó al enfermo, tocó sus oídos y su lengua y le volvió a la realidad de fuera. Podemos imaginar la transformación efectuada dentro de él. No se sentía más solo ni abandonado, ni débil ni inferior a los demás. Por eso se puso a gritar en voz alta, para contar a todos lo que le sucedía. Jesucristo lo curó, no tan solo por pena, sino porque quería darnos un ejemplo claro de su misión: El venía a abrirnos los oídos del espíritu para entender su palabra

y las palabras de los demás. Y venía a enseñarnos a hablar con los demás en un lenguaje nuevo, el de la fraternidad y el cuidado mutuo. Por algo a Cristo lo llamamos la Palabra de Dios. Él sabía que al hacernos capaces de comunicarnos estaba solucionando el problema fundamental de nuestra soledad humana.

Todos incurrimos a veces en el pecado de la sordera voluntaria. Si no tenemos interés en lo que otro dice, nos hacemos los sordos. Quizá preferimos no oír cuando un asaltado grita o pide ayuda, ya que tenemos miedo. No oímos al mendigo que pide limosna, o a quien pide que sacrifiquemos un poco de nuestro tiempo o dinero en una necesidad. Muchos que están en posiciones altas no oyen el grito de los oprimidos que piden justicia, igualdad de derechos sin distinción de lenguas o razas. En los hogares, muchos esposos prefieren hacer el silencio entre los dos porque tienen miedo de oír sus nuevas responsabilidades.

Cristo nos dice como al sordo en el evangelio: abre tus oídos para escuchar la palabra de Dios y la palabra de otros. Abrir los oídos significa estar atento al paso de Dios que nos llega en los acontecimientos de cada día. Abrir los oídos es interesarnos en los problemas de otros, en el valor y derechos que tienen; el ser sensibles a quien nos pide ayuda, a quien es más

débil o tiene menos experiencia. Significa el escucharse entre esposos, entre padres e hijos, ya que todos tienen su parte de razón.

Hay otro pecado: el de ser mudos. No hablamos con Dios. Nos cerramos dentro de nosotros mismos y nos negamos a compartir con otros lo que llevamos dentro. No nos interesamos en el mundo de los otros ni preguntamos con sinceridad: ¿Cómo estás? El egoísmo, el miedo o la pereza nos impide comprometernos reclamando los derechos de nadie. Preferimos el conformismo cómodo a la rebeldía que es riesgo. Jesucristo al curar al sordomudo nos dice que Él puede devolvernos la capacidad de la palabra para podemos comunicar. Un día llamó a sus amigos y les dijo: quiero enseñarles a hablar con Dios. Digan: Padre nuestro. . . Al convencernos de que Dios es Padre, nos devuelve la confianza en El para poderle hablar.

También enseñó a hablar con los demás. Los enfermos curados por Jesús se ponían a compartir con todos la maravillosa experiencia realizada en ellos. El haber sido curados en el cuerpo les curaba también el alma y sentían la necesidad de abrirse a los demás. Si nosotros nos acercamos al Señor con la fe del sordomudo, Él nos hará revivir esa misma experiencia y nos abrirá hacia los demás para hablar. Nos ayudará a quitar las barreras de

desconfianza, de recelo que nos separan de los otros, y nos convencerá de que si tenemos algo personal y valioso que decir.

Entonces se edificará un puente que una. Un puente que todos necesitamos desesperadamente, sobre todo cuando nos sentimos solos como islas.

A la misa venimos para comunicarnos con Dios y con nuestros hermanos. En la Biblia que leemos, Dios habla a cada uno. Y nos pide una respuesta: que hablemos con Él. En Cristo, su Hijo y su Palabra, nos habla del amor que nos tiene. La misa es el momento de hablar y de responder a Dios para darle gracias y pedirle su ayuda. La misa es también el momento en el que hemos de pensar seriamente en los demás, para retirar cuanto impide comunicarnos, oír y hablar. Que Dios nos ayude a ser sensibles al mundo de los demás y a transmitirles el mensaje de nuestra experiencia cristiana.

En los días pasados he dado varias entrevistas a periodistas que preguntaban acerca de los problemas en la Iglesia. Un periodista preguntó qué le voy a decir a las personas a quienes su fe se les ha estremecido por los escándalos de la iglesia. Yo le contesté diciendo, últimamente, no somos llamados a poner nuestra fe en una institución, nosotros somos llamados a

poner nuestra fe en Jesucristo. Nuestro Señor nos dio la iglesia como medio de ayuda para llegar al cielo, pero la Iglesia no es el fin en sí misma. Nuestro Señor también nos dio los obispos, sacerdotes y diáconos para ayudar a los Cristianos creyentes en este viaje de fe. Nosotros nunca nos debemos olvidar esto es un ministerio de servicio y no de privilegio.

Aun encarando la adversidad, debemos permanecer convencidos que no nos ha abandonado, y no debemos rendir nuestro compromiso a vivir como sus discípulos, debemos reconocer que esto es lo que quiere Satanás porque él es el príncipe de las tinieblas. El quiere que demos la espalda a nuestro Señor y a su iglesia. Por el contrario, como los discípulos en la Iglesia Primitiva, nosotros debemos usar este conjunto de circunstancias para comprometernos a vivir siempre más llenos por Cristo como sus discípulos. Debemos seguir diciendo "SI" a Dios por el resto de nuestras vidas.

Que Dios nos dé esta gracia. Amén.